

# DOCUMENTOS

## Discurso Inaugural del Cardenal Josef Tomko

### ENVIADO ESPECIAL DE SU SANTIDAD AL COMLA III

(Julio 5 de 1987)

#### I. Saludo e Introducción

Permitidme antes que nada dirigir desde este cenáculo nuestro saludo y agradecimiento a esta Iglesia de Bogotá y de Colombia que nos acoge con amor. A los responsables, en particular a nuestro hermano Monseñor Mario Revollo Bravo, a los demás organizadores y colaboradores en la realización de este Congreso. En especial al señor Cardenal Alfonso López Trujillo y a su Excelencia Monseñor el Nuncio. Saludamos también a todos los que están unidos en la oración.

Es para mí motivo de inmensa alegría, queridos hermanos y hermanas de Cristo, encontrarme aquí para patentizaros mi afecto y, en particular, para transmitir el saludo y bendición de Su Santidad Juan Pablo II, quien benigneamente me ha designado Su Enviado Especial a este Tercer Congreso Misionero Latinoamericano, para significaros su cercanía, su entrañable amor, su viva confianza y también esperanza, pues, como os lo manifestó el año pasado hablandooos en Tumaco, su deseo es que *este Congreso contribuya a acrecentar el ímpetu misionero* de toda la Iglesia en América Latina (cfr. Juan Pablo II, Tumaco, 4.VII.1986).

Circunstancias de personas, de tiempo y de lugar, que en definitiva, son en cierta manera "*signos de los tiempos*", nos permiten pensar que este encuentro, precedido por una viva e intensa preparación en toda América Latina, puede ser un evento de gracia, particularmente precioso para toda la Iglesia.

Las personas son las Vuestras: Hermanos en el episcopado, sacerdotes, religiosos, religiosas, jóvenes y adultos empeñados activamente en la tarea evangelizadora de la Iglesia, que hacéis presente el espíritu de comunión de todas y cada una de las Iglesias locales del Continente. El tiempo, es la "hora misionera" en la cual se inserta como momento privilegiado el

COMLA TRES. El lugar, es esta nación colombiana, esta tierra latinoamericana, este "Continente de esperanza".

Mi presencia entre Vosotros como Enviado del Santo Padre y como Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, quiere ser también signo de la voz de la Iglesia Universal que os llama y quiere estimular, para que emprendáis, aquí y ahora, sin mayores retardos, el cometido que Dios os ha asignado e invita a poner en acto; para que extendáis vuestra decidida labor evangelizadora, *más allá de vuestras fronteras*.

Sí, hermanos, el Santo Padre os lo ha repetido en su Mensaje, retomando el lema que os congrega: *Para América, ha llegado la hora de ser misionera más allá de sus fronteras!* Para América Latina ha llegado el momento de desplegar un vigor, una "nueva evangelización", caracterizada por un "*gran impulso misionero*" (cfr. Juan Pablo II, Discurso inaugural de la Novena de la nueva Evangelización, Santo Domingo, 1984).

Sí, para la Iglesia que recibió vida e impulso hasta sus más profundas raíces, que es fruto de una acción misionera desde muchos puntos de vista heroica (cfr. Puebla, 7), ha llegado finalmente el momento "de proyectarse más allá de sus propias fronteras, 'ad gentes, dando desde su misma pobreza'" (cfr. Puebla, 368).

Contribuir a concretar la "praxis" de esta "hora misionera", es el fruto que perseguimos en esta Asamblea, de este evento de gracia que no nos es permitido, a ninguno, rechazar e ignorar.

Dirijamos nuestra palabra de gratitud y de aliento a todos los misioneros y misioneras del mundo. En particular a quienes dan testimonio de comunión de vuestras Iglesias particulares, en las tierras de Misión. Nuestro saludo y gratitud, queremos reiterarlo también a los numerosos sacerdotes "Fidei Donum", religiosos, religiosas y voluntarios laicos que han venido y siguen viniendo de lugares lejanos, a colaborar, bajo la guía de los Pastores de la Iglesia de América Latina, en la tarea evangelizadora y, sobre todo, a hacer presente y viva la comunión de su Iglesia con las Vuestras. A todos y cada uno llegue nuestro aprecio y nuestra confianza y, en este espíritu, todos nos alegramos por la renovada disponibilidad que les ha permitido comprometerse a intensificar esfuerzos.

Ni nos olvidamos tampoco aquí de renovar nuestra gratitud a quienes antes, durante y después de la realización de los dos primeros Congresos Misioneros Latinoamericanos celebrados en México —en Torreón hace diez años y en Tlaxcala en 1983—, han trabajado para despertar y animar en algunos sectores del Pueblo de Dios, el interés misionero, que, ahora este Congreso, motivado y a la luz de la decisión de "Puebla", aspira a generalizar en todos los países y en cada una de las Iglesias particulares, para que envíen abundantes misioneros a los otros continentes.

## II. Fundamento y necesidad de la Misión

En realidad, afirmaba el Santo Padre, "no hay nada más que discutir: *Dios se ha revelado en Cristo*, y quiere que la verdadera conciencia de

su naturaleza trinitaria, la auténtica adoración y el justo comportamiento moral, pasen a través de la Palabra y la Persona de Cristo. Desde los primeros días después de Pentecostés, Pedro no teme proclamar ante los jefes de los judíos 'No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos' (Hch 3, 12). La Iglesia tiene por eso —concluye el Papa— una responsabilidad precisa y formidable: *¡Ay de nosotros si no evangelizáramos!*" (Juan Pablo II, a los Directores Nacionales O.M.P. Roma 8.V.1987, 2).

Bien sabéis todos y lo recordaréis en estos días al reflexionar con la base de las diversas exposiciones que reconocidos expertos os expondrán, que la Verdad es ésta: Que Jesús, el Hijo de Dios encarnado, es el único Revelador del Único Dios y Padre; como también, que es la Iglesia el instrumento y signo sacramental, con el cual Cristo ha querido continuar su misión en la historia.

Es ésta la Verdad que nos recuerda el Santo Padre: Que Jesús, es el *único que revela al hombre, lo que es el hombre*; el único que revela al hombre, que "Dios es amor", comunión y participación. Es esta la única e indiscutible novedad, la única capaz de ofrecer al hombre, a todo el hombre y a todos los hombres, la plena e integral razón de su existir en la historia y de su plena e integral salvación que va más allá del presente.

Y es este *Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre*, quien ha congregado a su Pueblo, quien eligió a sus apóstoles y los envió, con la fuerza del Espíritu Santo, a ser testigos de la Verdad, hasta los confines del mundo; a proclamar la vida y a engendrar, en el corazón de los hombres, de todos los hombres y de las culturas de todas las culturas. Por ello, la Iglesia es, como nos lo recuerda el Vaticano II, "Sacramento Universal de Salvación" (AG 1) para todas las gentes, "Misionera por naturaleza".

El origen y fin últimos de la misión, como también la razón del existir de la Iglesia, son pues claros teológicamente. Podemos esforzarnos por explicarlos más abundantemente. Pero la Verdad está ahí. De otra manera deberíamos renunciar a nuestra fe, no aceptar la fe en Jesucristo.

Se debe, sí, dar su justo valor a los elementos culturales de cada pueblo, se debe tender a un proceso de inculturación del mensaje evangélico, se debe atender a la realidad concreta del hombre, del pobre. Pero, "no hay evangelización verdadera —y consiguientemente no hay advenimiento del Reino—, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús Nazareno, Hijo de Dios" (EN 22).

He aquí, en pocas palabras, la razón última del por qué, el hombre, todo hombre y todos los hombres, deben encontrarse con Jesús.

He aquí el fundamento de la misión de Jesús y, por El, con El y en El, de la misión de la Iglesia.

He aquí por qué el Pueblo de Dios, peregrino, debe ser no solamente "apostólico", sino, fundamentalmente misionero. No solamente debe rea-

lizar el "apostolado", sino prioritariamente, caminar en misión (cfr. Juan Pablo II, Homilía, Rosario, Argentina, 11.IV.1987. 6).

He aquí, hermanos, el por qué, y partiendo de la palabra revelada, el Magisterio Pontificio, siempre y particularmente en los últimos años, desde Pío XII con la siempre actual *Fidei Donum*, pasando por la *Evangelii Nuntiandi*, la *Postquam Apostoli* y los mensajes misioneros de Juan Pablo II, pero en particular la Conferencia de Puebla, se ha querido comprometer y os ha urgido a pasar a los hechos en vuestro quehacer misionero "ad gentes", en esta hora misionera latinoamericana.

Es cierto y vale la pena recordarlo, que la hora misionera, para no pocos misioneros llegó hace tiempo. Pero el tomar conciencia y al asumir un compromiso así preciso y claro, significa que la responsabilidad "ad gentes" de la Iglesia latinoamericana y lo que ella puede hacer, son muchísimo mayores.

En el umbral del tercer milenio, a los quinientos años de su primer encuentro con Cristo, con su potencial evangelizador, al albergar en su seno a casi la mitad de los católicos del mundo, la voz de "Puebla", ha sido también la voz de la Iglesia Universal desde América Latina. La voz que llama y exige una respuesta para la misión en el nuevo estilo, del dar desde la pobreza.

### III. Visión global del mundo de las misiones: necesidades

¿A dónde nos llama esta voz? ¿Por qué, además de que el mandato del Señor está siempre presente, se manifiesta hoy urgente nuestra acción misionera "ad gentes"?

Una respuesta a tales preguntas, ciertamente nos la dan las estadísticas, pues, en efecto, sabéis que, sobre un total aproximado de *cinco mil millones de habitantes* que pueblan la tierra, menos del dieciocho por ciento de ellos, son católicos y el treinta y dos por ciento cristianos; los demás, la inmensa mayoría, el más de las dos terceras partes no conocen a Jesucristo como Hijo de Dios. Casi *tres mil quinientos millones* de personas no conocen el Evangelio de Dios.

La tarea de la humanidad que integra el Pueblo de Dios que es la Iglesia, como es fácil comprender, es inmensa. Su responsabilidad ante la multitud de hombres que no han encontrado a Cristo, es grave.

Es grave, sobre todo para Vosotros, para esta Iglesia en América Latina, que cuenta en su seno con casi la mitad de aquel dieciocho por ciento de la humanidad católica. Vosotros sois, también por ello, la "esperanza de la Iglesia".

La Iglesia, con sus estructuras y personal, se esfuerza por responder a las exigencias del mundo misionero. Para ello, entre otros, cuenta con un Dicasterio responsable de la dirección y de la animación de los Pueblos, ayudada a su vez por diversos organismos, entre los cuales sobresalen las

Pontificias Obras Misionales. Bajo la dirección de esta Congregación instrumento del Santo Padre para el gobierno y acompañamiento de los territorios de misión, se cuentan novecientos trece circunscripciones eclesíásticas (Diócesis, Vicariatos apostólicos, Prefecturas apostólicas, etc.); en las que prestan sus servicios, en muchísimos casos en heroica consagración, unos mil cien obispos, más de cincuenta y un mil sacerdotes, de los cuales unos veintisiete mil son religiosos o miembros de Institutos misioneros. A éstos hay que sumar la no menos generosa presencia de los casi catorce mil hermanos y de las más de ciento cuarenta mil religiosas, así como un número considerable y muy significativo, de laicos voluntarios.

Ante estos datos, recordando que es América Latina el Continente que alberga casi la mitad de los católicos del mundo, si la Iglesia es misionera por naturaleza, como consecuencia lógica y matemática podríamos deducir que es precisamente este Continente el que debería ofrecer a la Iglesia misionera, la mitad de los agentes misioneros que se encuentran en aquellos territorios.

Cómo nos debe impresionar el ver que, a como van las cosas, al final del segundo milenio de la vida de la Iglesia, América Latina contará sólo con el siete por ciento de la población mundial, pero con la mitad del número de católicos del mundo. Mientras que, por ejemplo Asia, tendrá prácticamente la mitad de los habitantes de la tierra, pero sólo el ocho por ciento de los católicos.

#### IV. Mucho se ha hecho, pero es muchísimo más lo que se debe compartir

Habéis realizado sí, esfuerzos misioneros. Conocemos bien las iniciativas y los pasos dados. Pero éstos pueden profundizarse y deben extenderse a regiones que están al margen de la evangelización. Aquellas regiones os esperan más aún, las naciéntes Iglesias de aquellas latitudes os interrogan, pues, a pesar de su pobreza, que es mayor, ya envían o se preparan a enviar misioneros más allá de sus propios límites. *Estas jóvenes y pequeñas Iglesias son ejemplo de espíritu misionero para América Latina.*

Sí, hermanos, aquellas Iglesias, en donde los católicos no son mayoría, sino clara minoría, han entendido que la Iglesia, porque es Iglesia, desde que nace, debe ser misionera. Os cito algunos ejemplos.

#### En Asia:

La Iglesia en Filipinas, el único país de gran mayoría católica en aquel Continente, cuenta con más de mil cien misioneros y misioneras que trabajan en otros países de Asia y en otros continentes.

Ahí mismo, en 1965 fue fundada la *Missions Society of the Philippines*, cuyos miembros, bien que apenas cuenta con quince sacerdotes, ya trabajan en Thailandia, Indonesia y en Papua Nueva Guinea. En 1986, 26 misioneros laicos, de los cuales dos fueron enviados a Nairobi y tres a Hong Kong, se sumaron a los muchos otros, hombres y mujeres, solteros y casados, que han partido para evangelizar en la misión.

**En India:**

Según los cálculos, son más de dos mil los misioneros "ad gentes". La diócesis de Bombay, tan solo, cuenta con diez y siete sacerdotes diocesanos trabajando en otras regiones misioneras del mundo. Los Institutos de Misiones Extranjeras son tres: *Society of the Missionaries of St. Francis Xavier*, *Indian Missionary Society* y *The Heralds of Good News* y son varios los Institutos religiosos locales, de carácter misionero.

**De Corea:**

En 1975 los Obispos fundaron la *Korean Missionary Society* y apenas seis años después, ya enviaban cuatro misioneros de Papua, Nueva Guinea.

Hace dos años, la diócesis de Chonju envió tres sacerdotes diocesanos "Fidei Donum" a América Latina y tres laicas trabajan en Ecuador.

**En Japón:**

A finales de enero de este año, se contaban ya trescientos cuarenta y nueve misioneros y misioneras japoneses "Ad extra", distribuidos en cuarenta y seis países. La mayoría trabaja en América Central y Meridional.

También los Obispos japoneses han comenzado el estudio del proyecto para fundar un Instituto de Misiones Extranjeras.

Y pensar que los católicos son solamente cuatrocientos mil.

**En Thailandia:**

Durante los últimos once años, los Obispos han promovido "jume-lages" entre las diócesis que cuentan con pocos sacerdotes y también ahí, la Conferencia Episcopal estudia la fundación de una Sociedad o Instituto de Misiones Extranjeras. En fin, el espíritu y el ímpetu misionero están presentes también en otros países como Taiwan, Vietnam, etc.

**¿Y en Africa?**

Sobresale la de *Nigeria*, que está presente con sus misioneros en diversas naciones: en Sierra Leona, Liberia, República Popular del Congo, Zambia, en Ghana, en Angola, en Kenya y en Granada. En 1977 fue fundado en Nigeria, por iniciativa de la Conferencia Episcopal, la *Missionary Society of St. Paul*. De éste, el año pasado, en octubre, fueron ordenados once sacerdotes.

La Iglesia en la pequeña isla de *Mauricio*, cuenta con más de cuarenta misioneros que trabajan en los diversos continentes.

En *Tanzania* hay un Instituto misionero "ad extra", *Apostles of Jesús* que trabaja también en Kenya, Uganda y Sudán.

Y así, no falta el espíritu misionero en los diversos países africanos: En *Burundi*, en *Lesotho*, *El Benin*, *Madagascar*, *Zaire*, *Angola*, etc.

La constatación que hemos hecho, debería, pues, ayudarnos a tomar conciencia de las exigencias de "comunidad y participación", del deber de justicia de esta Iglesia, para abrirse decididamente a sus hermanos de otros continentes. El espíritu de "comunidad y participación" que América Latina se esfuerza por vivir, debe ser clara y eficazmente universalista.

Es éste el momento oportuno. Estamos, por ejemplo, ante un "revival" del Islam, con algunos de sus grupos fanáticos, que crea tremendos problemas a la evangelización sobre todo de Africa. Me refiero a toda la región sub-sahara, donde contamos con una evangelización en parte realizada; pero tenemos todo el norte sub-sahara donde viven las tribus animistas abiertas que nos piden el bautismo; y los Obispos nos dicen: dádnos ahora misioneros, pues de lo contrario se construyen muchas mezquitas (que para los africanos son signos), y la gente nos pide el bautismo que no podemos dar porque no disponemos de misioneros que los preparen. Cito en concreto una llamada apremiante que tengo en memoria; es de Garoua, norte de Camerún, aunque podemos decir lo mismo de Togo, de Costa de Marfil, del norte de Kenya, por doquier. Si a todas esas zonas enviamos ahora misioneros, cosecharemos y podremos convertir pronto a aquellas poblaciones; pero sabéis que, si las ocupa el Islam, se cerrarán a la evangelización quién sabe durante cuántos decenios, si no siglos. Estamos, queridos hermanos, ante una llamada de Dios; y la Iglesia debe dar su respuesta, no la puede eludir.

Sabéis que existe, y está ya en marcha, un plan de islamización de Africa, con todos los medios políticos y económicos.

Fijemos nuestra atención en *Asia*, con sus antiguas regiones, el Santo Padre ha hecho varios viajes emblemáticos, indicativos. Estas son aberturas nuevas, proféticas, hacia las grandes religiones de Oriente, de Asia. Y debemos seguir estos caminos proféticos. El Hinduismo y el Budismo, como religiones, tuvieron éxito porque se inculturaron y se encarnaron; pero no son anuncio de un misterio, de una revelación, ni pretenden ser revelación, ni mucho menos revelación de Dios. Lo que ellos mismos afirman humildemente es que son sólo esfuerzo humano de reflexión, de meditación de la realidad divina. Nosotros, en cambio, presentamos al Hijo de Dios que se hizo hombre para revelar la naturaleza de Dios, el rostro del Padre. Es necesario anunciar, testimoniar y vivir la opción preferencial por los pobres en verdadero espíritu de comunidad y participación y no reducir todo a la sola acción social, hasta el punto de que, en una nación, como los Obispos han dicho con sincera humildad: La Iglesia Católica aparece prácticamente como agencia social.

Tomar conciencia de cuanto hemos subrayado, hermanos, debe sacar a todos y cada uno de cualquier pasividad, de todo miedo, para ubicarse, lleno de fe y de la fuerza del Espíritu Santo, en el *dinamismo de la misión universal*. No es necesario esperar intervenciones milagrosas para decidernos a actuar. El mandato de Cristo está ahí, de cara a la realidad; la exhor-

tación de la Iglesia Universal por la voz del Santo Padre os llama incesantemente; el compromiso adquirido conscientemente, espera ser acogido para pasar a los hechos. Los hechos, vuestra praxis misionera más allá de vuestras fronteras, será el documento que vosotros podréis escribir, el libro de los "Hechos de los Apóstoles" que el Espíritu quiere escribir desde y con América Latina. Desde cada una de las Iglesias particulares en el Continente.

#### V. Dar desde la pobreza: Responsabilidad de toda la Iglesia y de cada Iglesia Particular en América Latina

Para ello, *son necesarios los misioneros*, los cristianos conscientes, valerosos, disponibles y capaces de ponerse, sin pretextos, al servicio de tan maravillosa tarea. ¿Se encontrarán tales personas? ¿Obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos, conscientes, valerosos, dispuestos a consagrar su vida "ad gentes"?

El dilema con el cual la Iglesia en América Latina —y ello significa: cada Iglesia particular—, se debe enfrentar continuamente, es aquel de decidirse a servir al otro o a servirse a sí mismo; si salvar al otro o permanecer en el gozo de la propia salvación; si edificar el propio reino, o colaborar a la edificación del Reino de Dios. Un Reino, éste, que exige necesariamente renuncia de muchas cosas: el saber dejar lo que se tiene, para poder adquirir el tesoro mayor, para transformar, como la levadura, la masa; para disipar las tinieblas, con la claridad de la luz de Cristo (cfr. Mt 13, 3-51).

No ignoramos las grandes necesidades de la Iglesia en este Continente, de agentes de pastoral, particularmente en aquellas zonas en situación misionera, pero ello, a la luz de las exigencias del Reino para cuyo servicio está la Iglesia, no debería ser un obstáculo; más en esta hora profética, es la que "la Iglesia en la América Latina vive una *atención espiritual y apostólica propia* y ha entrado en un *adviento especial*, para disponerse a celebrar a Cristo Salvador, cuyo mensaje llegó a las tierras americanas va a ser pronto quinientos años" (cfr. Juan Pablo II, XI COGECAL, Roma, 28.IV.1987, 2).

Os *sentís pobres* ante la falta de recursos personales y materiales. Os sentís pobres ante los grandes problemas pastorales que os acosan. La sabiduría del mundo os sugiere no emprender otra tarea así exigente en otros continentes, hasta que vuestra Iglesia particular pueda contar con los medios necesarios para ser autosuficiente.

Pero la lógica del evangelio, no es la que se deriva de la sabiduría humana sino de la ciencia de Dios, que nos pide acoger incondicionalmente su voluntad de darnos, a la manera del Padre, a la manera de la viuda de Sarepta (cfr. IR 17, 13-16) y de la viuda del Evangelio (Mc 12, 43-44). Si el grano poco o mucho que tengamos, no se siembra, sino que se almacena, tarde o temprano se pudre (Sto. Domingo de Guzmán).

Habéis optado preferencialmente por el pobre. Y esta opción para que no sea solamente una frase demagógica ni tampoco el instrumento



para encerraros exclusivamente en la atención de todos aquellos problemas que ciertamente son importantes, pero que pueden peligrosamente conducirnos a reducir grandemente la *visión universalista* del evangelio y del evangelizador; esta opción, si es razonable, debería conducirnos a abrirnos, a donarnos a los hermanos que son doblemente pobres, compartir con ellos las riquezas de la fe, de la esperanza y del amor, que habéis recibido como gracia.

La misión es gracia, es condición de renovación y de madurez, es, para cada Iglesia particular, una ley fundamental de vida (cfr. Juan Pablo II, *Domund.* 1982). Es gracia, porque al dar, se recibe, gracias a la vida corriente de comunión y participación, que tiene su origen y fundamento en Dios Trino. Es condición de renovación y madurez, porque sólo quien se abre a los demás, es capaz de contemplar, de admirar y crecer. Es ley fundamental de vida, porque la Iglesia, que tiene su origen en la misión, para la comunión y participación, deja de ser Iglesia o no lo será jamás, si lo fundamental y esencial es colocado como secundario.

*El Espíritu Divino* habla a Vuestras Iglesias particulares a través de los signos de los tiempos. Es El quien os llama a actuar, poniendo Vuestra incondicional confianza en El.

*No hay lugar para el temor*, para la preocupación, pues el Espíritu se ha derramado en Vosotros. El, como en Pentecostés, os comunica su luz y su fuerza, para capacitaros cada vez más, a comprender lo que Jesús ha querido y quiere de su Iglesia; para comprender la misión; para sacaros de un posible encerramiento, para lanzaros, como a los Apóstoles, a ser testigos y mensajeros de Cristo, a todos los hombres (cfr. Hch 1, 18).

Hoy a la luz de los signos de los tiempos, el Espíritu llama a la Iglesia en América Latina, a todas y cada una de las Iglesias particulares, a sus comunidades, presbíteros, religiosos, organismos y a todos y cada uno de los bautizados, a responder de manera decidida y sin reservas a su compromiso asumido en Puebla (n. 368).

¿Es posible acaso concebir que pueda existir algún Obispo insensible a las exigencias de su propia vocación y a las exigencias de salvación integral de los hombres que no son de su propia Iglesia particular? Puede concebirse en un presbítero, llamado por Dios para la misión; en un religioso o religiosa, elegidos para testimoniar la anticipación de la presencia del Reino sobre la tierra; en un laico consagrado por el bautismo y la confirmación, como testigo de Cristo; puede concebirse que en nosotros no esté presente el ansia misionera, fruto de la fe y del amor?

No. Ciertamente no. Por el contrario, es urgente y necesario que "cada Obispo, en cuanto garante de la Iglesia universal y de todas las Iglesias, tenga una peculiar diligencia por la obra misionera, sobre todo suscitando, favoreciendo y sosteniendo las iniciativas misioneras en su propia Iglesia particular" (can. 782, 2; cfr. AG 38).

Es indispensable que los presbíteros, conscientes de que el "don espiritual que recibieron en la ordenación no los prepara a una misión

limitada y restringida, sino a la misión universal y amplísima de salvación hasta los confines de la tierra" (PO 10. cfr. AG 38), se ofrezcan voluntaria e insistentemente, para ser enviados a evangelizar a los otros continentes (Fidei Donum).

Los religiosos y religiosas, por su parte, ya que por su misma consagración se dedican al servicio de la Iglesia, según el modo propio de su Instituto (cfr. can. 783) y que saben bien que su tarea es la del servicio eclesial que tiene siempre el sello inconfundible de la comunión y de la participación para la misión, están llamados a ofrecer generosamente su colaboración en fidelidad y responsabilidad, en estos momentos de gran trascendencia para la Iglesia en América Latina (cfr. Juan Pablo II, A Directivos de la CLAR, Bogotá, 4.VII.1986).

Al mismo tiempo, es indispensable renovar e intensificar una pastoral del laicado, con vitalidad misionera (cfr. Puebla 806). Pues "no solamente la carencia de sacerdotes, sino también y sobre todo la autocomprensión de la Iglesia de América Latina, a la luz del Vaticano Segundo y de Puebla, hablan con fuerza del lugar de los laicos en la Iglesia... prontos a colaborar eficazmente en la obra evangelizadora" (Juan Pablo II, Haití, 8.III.1983).

Nosotros podemos y debemos anunciar el misterio de Jesucristo, y lo podemos conseguir con el esfuerzo de todos. ¿Por qué no hacemos todo lo posible?

Tenemos el cauce del proyecto "Iglesias Hermanas". ¿Por qué una diócesis con abundancia de sacerdotes no puede abrir una Misión con dos o tres sacerdotes en la zona más conveniente?

Y ¿por qué un obispo no podría enviar tres sacerdotes para un quinquenio, sustituyéndolos después?

Tenemos el cauce de los sacerdotes "Fidei Donum". Y consideramos también las diócesis; cada una de las diócesis, aún la más pequeña, puede ceder uno o más sacerdotes. ¿Por qué no le damos este impulso? Tenemos asimismo el cauce de los *Laicos Voluntarios*. ¿Por qué no lo favorecemos? Y tenemos también los jóvenes; habláis a los jóvenes y se apasionan; pero no concretamos la disponibilidad de ese ardor y la llama acaba por extinguirse, se olvida el problema y la vida continúa. Es necesario actuar en el momento oportuno, concretar, tratar de planificar y de realizar. Y no hay que temer por las vocaciones locales; como sabéis, según un principio sobrenatural, *cuánto más se da para las Misiones tantas más vocaciones locales surgen*.

Para ello será necesario, temporáneamente *orar y programar*. Organizar y llevar a cabo la *pastoral vocacional* dará sus frutos para las necesidades de las Iglesias particulares y al mismo tiempo para las misiones ad extra. *Mientras más déis, más recibiréis* y mientras más os encerréis en vuestras locales necesidades, menos recibiréis. Así, pues, llevando a cabo una intensísima promoción vocacional, más reaviváis el espíritu y

el celo misioneros en el Pueblo de Dios, mayores frutos en vocaciones misioneras y apostólicas tendréis.

Porque la vocación no depende únicamente de la iniciativa personal del individuo, sino que es, antes que nada, una llamada gratuita de Dios. Pero es también fruto y expresión de la vitalidad y de la madurez de una comunidad eclesial que ora, y la capacidad de cada uno de sus componentes para testimoniar la presencia del Reino. Así, si la conciencia misionera de una comunidad y de sus pastores, es raquítica, raquítico será también el número y la calidad de sus vocaciones.

Una comunidad eclesial consciente de su propia identidad, una Iglesia particular que vive en el espíritu misionero, una Iglesia en camino, que ora, será efectivamente promotora de vocaciones; porque la vocación es la respuesta de Dios providente a su Pueblo, misionero por naturaleza, que ora en comunión. (Cfr. Puebla, 891, 882).

## VI. Conclusión

El aproximarse del quinto centenario del primer encuentro de Vuestros Pueblos con Cristo, debería encontrar a todos y cada uno, a cada Conferencia Episcopal, Iglesia particular, Obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos, viviendo íntimamente la comunión y participación, comprometidos en formar el espíritu misionero de todos y cada uno de los miembros del Pueblo de Dios, en camino hacia la casa eterna del Padre. Camino que, necesariamente, debe recorrerse en la efectiva corresponsabilidad, "Ad Gentes", pues es ella exigencia de su propio ser.

*En nombre de Cristo*, de la Iglesia universal, del Santo Padre, en nombre de la multitud de hombres pobres de Cristo, os exhorto, *os convoco, hermanos, a asumir esta responsabilidad*. Os invito a programar y fijar los concretos y precisos objetivos misioneros por alcanzar y que os permitirán testimoniar ante el mundo la conciencia de vuestra propia identidad eclesial. Ofreced a todo bautizado las motivaciones, los criterios de acción, las reflexiones claras. Ofrecedle el Evangelio y orad. Orad incesantemente para que el dueño de la mies, envíe operarios abundantes a su mies. Despertad y alentad el ansia misionera en las familias, en los jóvenes, en los ancianos y en los niños, en los sanos y en los enfermos. Empapad vuestra existencia del celo misionero y colaborad, eficazmente, en tan estupenda tarea.

Esforzaos por suscitar, con concretos programas, con vuestro testimonio de anuncio, numerosas *vocaciones misioneras* y no escatiméis esfuerzos por ayudarles a prepararse espiritual, doctrinal y pastoralmente a tan excelsa misión.

Sí, la tarea es ardua, os costará ciertamente renuncia y sacrificio, desvelos y penas. Pero es ésta la única que, si eficaz, dará razón de vuestra presencia, como Iglesia de Cristo, en la historia.

Jesucristo, el Señor, que por medio de los predicadores del Evangelio dio a América el inestimable don de la fe y durante quinientos años ha fecundado y enriquecido su Iglesia en este Continente, os conceda comprender el compromiso de compartir sus favores divinos con otros hermanos de los otros continentes.

Que por intercesión de *María*, primera Evangelizadora de América, la *Estrella de la Evangelización*, sean alcanzadas las gracias celestiales necesarias para lograr encender en los pastores y fieles de América Latina, el celo ardiente por la extensión del Reino, para animarlos a servir generosamente a los hermanos más necesitados, a fin de que un día, con Cristo, por El y en El, en el mundo exista un solo rebaño, bajo un solo Pastor. (Cfr. Oración por el COMLA 3).

Y que así, sea.

(Sacado de *Revista de Misiones*, julio-agosto 1987)